

pado ha tomado su partido; Gregorio XVI, en su famosa Encíclica, condena el *indiferentismo*, es decir, la opinión perversa según la cual se puede alcanzar la salvación profesando cualquiera religión que sea, con tal que las costumbres sean puras y rectas: "De esa fuente envenenada, dice el papa, se desprende esa *máxima absurda y errónea*, ó, más bien, ese *delirio* de que hay que garantizar á todo el mundo la *libertad de conciencia*." Si la libertad de pensar en materia religiosa es un delirio, hay otra libertad que es todavía más funesta y más digna de horror, la libertad de la prensa. Y otro tanto se puede decir de las demás libertades civiles y políticas, las cuales, si la Iglesia las tolera, lo hace como un mal menor, así como lo decía el cardenal Pacca, y porque á ello le obligan las circunstancias (1).

El mundo católico ¿está de acuerdo con Gregorio XVI? ¿Es artículo de fe para todos los católicos el rechazar la libertad de conciencia como un delirio y la libertad de la prensa como una cosa funesta y horrible? La cuestión es capital, porque las libertades que el papa anatematiza constituyen las más preciosas garantías que establecen nuestras constituciones. ¿Será necesario para ser católico volver al antiguo régimen del poder absoluto, ó se puede ser católico manteniendo la libertad moderna? Los católicos, aun cuando se llaman ultramontanos, están divididos acerca de este punto; de modo que hay ultramontanos de ultramontanos. Los puros, los más celosos, dicen que si el papado es infalible, la doctrina de la Encíclica debe ser la de la Iglesia. Efectivamente, Gregorio XVI declara que ha escrito su bula *auxiliado por el Altísimo, y muy particularmente bajo los auspicios de la Santísima Virgen*. Su bula es, por lo tanto, una decisión dogmática, y de consiguiente, obligatoria para los fieles. No hay nada tan fatal como la lógica, cuando espíritus estrechos se sirven de ella: no retroceden ni ante el absurdo ni ante lo imposible, y van siempre adelante, sin ver el abismo que se abre á sus pies y que los tragará á ellos, á la Iglesia y á la religión.

Hay otros católicos que aman la libertad, y que

(1) Encíclica de Gregorio XVI;—Carta del cardenal Pacca al abate de Lamennais;—Carta de Gregorio XVI al obispo de Rennes;—Carta de Gregorio XVI al arzobispo de Tolosa (LAMENNAIS, Asuntos de Roma).

viendo el peligro que amenaza á una Iglesia y una religión que se declaran inconciliables con las necesidades más imperiosas de las sociedades modernas, quieren conciliar la libertad y el catolicismo. Hé ahí un desacuerdo análogo al que antes había entre galicanos y ultramontanos, desacuerdo que influye en las relaciones de la Iglesia y del Estado. Los ultramontanos, en medio de su obcecación, quisieran que el mundo volviese á la Edad Media; y para ellos, el ideal está en la Iglesia del siglo XII. Si una vez mandaran, restablecerían los diezmos y la Inquisición, y reconstituirían los bienes de la Iglesia lo mismo que su jurisdicción y sus inmunidades. Los moderados y los previsores se asustan de ese delirante absurdo, y prefieren hacer violencia á la historia, sosteniendo que el papado de los Gregorios y los Inocencios no es más que una forma pasajera de la Iglesia, y que para tiempos nuevos se necesitan nuevas formas.

Ved aquí, pues, en cierto modo, un catolicismo progresivo que lucha contra un catolicismo inmutable. Nuestra convicción es la de que el único medio de salvar la religión es introducir el progreso en el terreno del cristianismo. Más de una vez hemos dicho que, á nuestro juicio, no había enemigo más peligroso para aquél que el estúpido ultramontanismo que está apoderado de la prensa católica en Bélgica y en Francia. Una voz más autorizada que la nuestra acaba de dar un grito de alarma en presencia de la guerra á muerte que ha declarado á la libertad aquella prensa, órgano del alto clero. Oigamos al mismo conde de Montalembert: "Confundir bajo una misma reprobación á todas las libertades modernas es el colmo de la locura. ¿Hay cosa más insensata que la de enseñar al clero á maldecir y á rechazar las instituciones y las garantías que son hoy ó serán bien pronto el lote de todos los pueblos, aun los más atrasados? Pretender en nombre de una ortodoxia ceñuda regimentar á los católicos y al clero para una guerra sistemática é implacable contra la civilización y el espíritu moderno, encadenarlos é infundarlos á utopías y fantasmas, es, en nuestro juicio, cometer el atentado más peligroso de todos los que pueden amenazar á la Iglesia."

Luchar contra las locuras del ultramontanismo no es combatir á la religión, sino, por el contrario, es ayudar á salvarla, si es que puede ser salvada. La religión no perecerá nunca, porque la religión

es la vida; pero las formas que toma el sentimiento religioso cambian con las circunstancias, con los sentimientos y las ideas que las han dado origen. Si hubiese una Iglesia que se obstinase en llamarse inmutable, ella misma pronunciaría su sentencia de muerte. Esa Iglesia es la Iglesia ultramontana: incorregible más todavía que inmutable, continuará fatalmente marchando por el sendero que la conduce al abismo. Pero al lado de esos ciegos que guían á ciegos hay aspiraciones más amplias; entre los protestantes existen ya en estado de culto, y en el seno del catolicismo se han revelado por medio de un movimiento que amenaza á la Iglesia tradicional en Alemania desde antes de la revolución del 48; también se manifiestan en las tendencias liberales de una fracción de la Iglesia francesa. Día llegará en que esos elementos de una renovación religiosa tomen cuerpo, y en la esperanza de esa revolución escribimos este libro. Al hacer la guerra á la Iglesia ultramontana, nos proponemos, no tan sólo la defensa del Estado contra las invasiones de una Iglesia ambiciosa, para la cual la religión no es más que un instrumento de dominación, sino que tomamos partido en favor de la religión amenazada contra aquellos que la explotan y que la arruinan.

V

Esperamos que amigos y enemigos, los combatientes de los dos campos, comprenderán ahora qué es lo que pueden aprovechar de las enseñanzas de la historia. Las naciones aprenderán lo que alguna vez han ignorado ó olvidado, qué es la libertad reclamada por la Iglesia, qué es el poder espiritual que ella reclama; aprenderán también que la Iglesia es enemiga eterna de su independencia y de su soberanía, que gracias á la anarquía de la Edad Media se apoderó del poder temporal y espiritual, y que después ha pretendido mantenerlo á título de derecho divino, es decir, de derecho inmutable. Pero las naciones aprenderán además que, en una época en que no tenían aún conciencia de sí mismas, lucharon ya contra las invasiones de la Iglesia; y aun cuando ésta estaba en la plenitud de su fuerza, no soportaron el yugo que al presente quiere imponerles.

No basta que las naciones se fien del solo po-

der de las ideas, es preciso que luchen por su independencia, porque Dios no ayuda á los que no se ayudan á sí mismos. Mas para combatir al enemigo es preciso conocerle, y para vencer á la Iglesia se necesita ante todo saber qué es lo que quiere. Hay que tener en cuenta que lleva una máscara; y si hubiéramos de crearla, no pide más que la libertad. Hay que arrancarla esa máscara. La historia misma de la Iglesia nos revelará su eterna ambición, y depondrán contra ella la Sagrada Escritura, los Santos Padres, los papas, los doctores y sus defensores mismos. Cuando esté bien demostrado que la Iglesia, bajo el nombre de libertad, quiere restablecer su dominación, será preciso, ó que los pueblos abduquen su soberanía, ó que la Iglesia renuncie á pretensiones imposibles. Los pueblos no harán nunca el sacrificio de su independencia, porque eso equivaldría á suicidarse. Toca á la Iglesia el ver lo que de ella reclama la prudencia; y en su defecto, á los hombres sinceramente religiosos les llega el caso de tomar partido por la religión contra la ambición sacerdotal.

Si la Iglesia no está afectada de una incurable ceguera, tomará en la historia saludables lecciones; en ella aprenderá que lo que llama su libertad no es un derecho divino, sino un hecho hijo de circunstancias históricas que ha debido desaparecer con ellas; aprenderá que sus inmunidades, sus privilegios, son funciones ó atributos de la soberanía que podían muy bien pertenecerle en una edad de barbarie, pero que han debido volver al Estado desde que los verdaderos soberanos, las naciones, han ocupado su lugar en la escena del mundo; aprenderá que el gobierno se ha secularizado concentrándose en las manos del Estado, que el impuesto se ha secularizado con la abolición del diezmo, que la propiedad se ha secularizado con la desamortización, y que esa misma será la suerte de la beneficencia, de la enseñanza y de la moral. Si esas lecciones aprovechan á la Iglesia, sabrá que deja de ser un poder siquiera sea espiritual, que la religión no está llamada á ejercer una dominación exterior, sino á santificar las almas, y por lo tanto, que su esfera de acción es el foro interno de la conciencia, son las relaciones del hombre con Dios, y no el foro exterior ni las relaciones del hombre con el Estado.

Si la Iglesia no aprovecha la lección, tendrá la

suerte de todos los poderes que corren hacia el abismo que los debe tragar. La religión no perecerá con la Iglesia, pero se desprenderá de una Iglesia que por su ceguera acredita que es incapaz de dirigir más tiempo los destinos de la humanidad.

Que no se engañe á la Iglesia; el día en que los hombres encuentren que el catolicismo romano es incompatible con sus sentimientos más imperiosos, rechazarán el catolicismo con la Iglesia que habla en su nombre.

LIBRO PRIMERO

LA IGLESIA Y EL ESTADO HASTA LA EDAD MEDIA

CAPÍTULO PRIMERO

LA IGLESIA Y EL ESTADO SEGÚN LA DOCTRINA CRISTIANA

§ I. — La separación de la religión y del Estado.

I

La ambición de la Iglesia, su eterna ambición, es la de ser un poder espiritual. En tal concepto, pretende que ella sola tiene, que á ella sola pertenece el derecho de guiar á los hombres por el camino de la salvación, y ésta viene á ser en sus manos un excelente medio de dominar sobre los pueblos: ¿la dominación es el fin y la salvación el instrumento? Ó ¿es que la salvación, que es el fin, y la dominación misma se ejercen para vencer una resistencia funesta al mismo que la resiste? Mientras que ha habido armonía de creencias entre la Iglesia y la sociedad, ha podido creerse que el poder que aquélla reclamaba era más bien un medio que un fin, aparte de que siempre sea necesario dar á las pasiones humanas la parte que en todo las toca. Pero desde que la Iglesia ha perdido su imperio sobre las almas, procura recobrarlo por todos los medios lícitos é ilícitos. Basta ver lo que pasa ante nuestra vista para convencerse de que la salvación es el pretexto y que la religión ha

venido á ser un oficio y una mercancía, que la Iglesia la explota en un interés de dominación y frecuentemente de codicia.

¡Cosa singular! El fin que la Iglesia persigue está en abierta oposición con las enseñanzas de Aquel que ella adora como su divino fundador. Y, sin embargo, son las palabras de Jesucristo las que ella invoca como base de su pretendido poder. Jesucristo ha venido á emancipar las almas del despotismo que la antigüedad ejercía sobre las conciencias. Y de una doctrina de libertad ha hecho la Iglesia una doctrina de servidumbre. Importa mucho hacer constar esto, porque, en nuestra época de reacción religiosa, la Iglesia tiene siempre en la boca la religión y la palabra libertad. Demostremos que se ha hecho culpable de una usurpación secular, reclamando para ella la libertad que Cristo pedía para las conciencias. Demostremos que la libertad de la Iglesia ha sido la servidumbre del creyente, preparándose á ser la servidumbre del Estado.

Hemos dicho que Jesucristo vino á emancipar á la religión y al creyente del despotismo antiguo.